

La promesa

Matilde se aferró a la cabecera de la cama, apretó los labios y cerró los ojos con tanta violencia que se los podría haber deshecho. Un momento después los tenía clavados en Angela la partera.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tarda tanto?

—Esté tranquila, respire hondo. Lo que pasa es que ya tiene cuarenta y cinco años y no está para estos trotes.

Matilde se sacudió como un pescado:

—Cierre la boca y ayúdeme que me muero de dolor. —Prendió los dientes al camisón y enterró los ojos decidida a no abrirlos si no le mostraban a su hijo. La casa no la acompañaba, se había humedecido hasta los cimientos y ahora le devolvía desde las paredes unas nubosidades espesas cargadas de aire caliente. Matilde se sacudió, apretó los labios y abrió los ojos: la cama estaba podrida en sangre. Vio entre sus piernas dobladas la mirada de Angela la partera, opaca de resignación.

—Es una nena —dijo.

Matilde golpeó la pared con furia.

—Es mentira.

Angela no dejó de mirarla.

—Dígame que no es cierto, que es mentira.

Angela no dejó de mirarla, Matilde se tapó la cara con las manos.

—Llévesala de acá inmediatamente y no la traiga nunca más.

Angela salió de la habitación con un pichón ensangrentado en los brazos y después de cerrar la puerta oyó la voz furiosa de Matilde:

—Escúcheme bien, dígame a mis hijas que por mí la pueden dejar pudrirse en la basura.

Angela miró a las cinco impúberes sentadas en un sillón. Lucero, la mayor, aunque aún no cumplía los doce años, se acercó sin asco a conocer a la hermana y haciéndole a Angela una sonrisa triste le dijo:

—Nosotras la vamos a criar.

Matilde se había quedado dormida de tanto maldecir a su hija. La cara desmejorada y el camisón pegado al cuerpo por la transpiración. Cuando despertó, quizás al día siguiente, no quiso encender el velador. Unos hilos de luz que se filtraban por las celosías de la ventana parecían telarañas, dejaban ver una mancha de humedad en la pared, cerca del techo. O quizá no había luz suficiente para que fuera posible verla pero Matilde la conocía tan bien que era capaz de cerrar los ojos y seguirla con el pensamiento. La mancha tomó milagrosamente la apariencia de un hombre. Llevaba sobre él el surco

de la muerte. Cualquiera con sólo mirarlo hubiera afirmado que ese hombre estaba muerto, parecía desprendido de *El entierro del conde de Orgaz*. El miró a Matilde con ojos estériles.

—Alvaro —dijo ella en voz baja— no pierdas la fe, no me voy a ir de este mundo hasta que haya cumplido.

La mancha se inquietó, cambió de forma, ahora era un hombre mayor de mirada negra, sobrenatural. Matilde se iluminó de golpe.

—Padre, le prometo...

Pero ahora los ojos del viejo le barrían el alma, todo lo que él había mirado alguna vez quedaba en la desolación y también en la muerte seguía siendo igual de peligroso. Matilde cerró los ojos y quedó rígida en el fondo de la cama. Recordó los años en que su madre estuvo clausurada en vida, con una belleza apagada de tanto ignorársela. Azucena se llamaba, con una convicción casi religiosa de ser un estorbo después de haberle dado veinte años de juventud a su esposo de ojos sobrenaturales. Y de tanto vegetar de esa manera se había convertido en un mueble más de la casa. Por costumbre había dejado de ser mujer, había dejado de sentir y de delirar con sus amores novelescos, esos hombres que luego de pedirla en matrimonio seguirían siendo igual de dulces, igual de hombres. Alguna vez en sus épocas de ser vivo, en un arranque de locura pensó en abandonar a su esposo, pero quedó embarazada. Volvió a tener esa sensación de no poder estar sola en ninguna parte, después cometió el disparate de pensar que la concepción la favorecía a los ojos del esposo, que la reivindicaba como animal útil. Nació una mujer, Matilde. El ya no volvió a mirarla, la olvidó tanto que la dejó reseca, vacía hasta de sus más íntimos rencores. La encadenó a un cuerpo *enemigo* obligándola a ser la viuda decente y devota de un esposo *vivo*, al que no amaba pero al que le entregó la vida. Aprendió a llorar cuando estaba segura de que no la verían y a no pensar en nada porque el pensamiento se ve, es como un fulgor que persigue a las personas.

Matilde crecía viendo a su madre envejecer sin haber sido descubierta por nadie. La aterraba verse en el espejo, compararse, y cada día igual que ella estar más hermosa, más brillante, cada día desperdiciando un poco más de sí misma. Hubiera deseado ser fea porque ya cumplía los veinticinco y no se había casado. Sus mejores años, decía, los había echado a perder en la casa oscura viendo morir a su madre, escondiéndose de su padre, de esos ojos sobrenaturales que cada tanto le cargaban la espalda con más culpa, y la desgracia de no haber nacido varón, y su padre descomunal, su madre muriendo, y ella sola frente al espejo cada vez más hermosa.

Alvaro no apareció hasta que Matilde cumplió los treinta. Anciana en aquellos tiempos para el matrimonio si bien le pareció un hombre desabrido y poco sensual, un alérgico a todo, un «Caballero de la mano en el pecho», viendo que a su padre le parecía bien y no siendo tan joven para ponerse exquisita con los hombres, se casó con él. De ahí en más no descansaría hasta tener un hijo varón y ver a su padre conformado. Los primeros tiempos fueron felices especialmente porque Matilde quedó embarazada. Permanecía sola en la casa cosiendo ropa para el bebé en su sillón, mientras Alvaro trabajaba afuera en la otra punta del pueblo en un almacén de ramos generales. Matilde se sentía muy bien así porque no ver a Alvaro le dejaba más tiempo para idealizarlo, para desconocerlo como mejor le pareciera, para tomarle cariño. El veintiuno de noviembre

nació Lucero, tenía los ojos estériles de Alvaro. A veces, cuando Matilde estaba sola en la casa masturbándose con el pensamiento, la sorprendía la mirada de Lucero y le daba la sensación de que era Alvaro el que la vigilaba por esos ojos. Pero Matilde la quería a su manera, porque no imaginaba lo que la esperaba en los próximos años, porque al fin de cuentas era su primera hija y tenía una forma de caminar, de hablar y de sentarse que se disculpaba continuamente. La quería a su manera, porque Matilde nunca quiso a nadie.

Alvaro no era de esos hombres que la molestaran para hacerle hijos, al contrario, ella era quien lo arrastraba a la cama.

—Ya sé que todavía somos jóvenes —le decía—, pero no voy a vivir en paz hasta el día que nazca mi hijo.

Otras veces se paseaba medio desnuda por la casa con el pelo minuciosamente desrreglado para llamar su atención. Cuando lo lograba y Alvaro finalmente empezaba a desprenderse los pantalones, ella se arrepentía tanto que sólo deseaba que la tragara la tierra. Más adelante, cuando perdió toda sutileza, lo vestía y desvestía como quien prueba ropa a un maniquí y nunca está conforme. Miraba una mancha de humedad en la pared mientras él dejaba cuerpo y alma sobre ella. Había momentos en que ya no soportaba el contacto de ese cuerpo pegajoso pero se limitaba a mirar la mancha de humedad en la pared, la hacía olvidar, la hipnotizaba con hombres hermosos, todos el mismo, sin sexo, que venían caminando desde el fondo del mar. Después aparecía la cata del padre y le recordaba el cuerpo de Alvaro como un insecto adherido a ella. Muchas veces se sentía tentada por arrancárselo de encima pero aguantaba. Aguantaba por su madre que se endureció como se endurecen los panes olvidados al aire libre, por el padre de ojos sobrenaturales, y por el hijo que la libraría del error más grande: haber nacido.

Al año siguiente tuvo una hija. Esperanza. Fue el mejor verano para Matilde. Era la costumbre dejar al pueblo solo, arriba sobre las barrancas, y bajar hasta el río por una pendiente oscurecida de árboles. Matilde iba del brazo de Alvaro, de pies a cabeza vestida de blanco. Llevaba un sombrero de paja lleno de flores, sombrilla y zapatos abiertos de tacón alto que hacían que Alvaro se viera todavía más insignificante. Esperanza dormía a la sombra pobre del hombro de su padre, mientras que Lucero caminaba colgada de sus pantalones. Matilde se sabía en la antesala de su felicidad, vislumbrando un porvenir planeado ya con mucha anticipación. Vivía el tiempo ilusorio en el que todavía le quedaban cosas que esperar y vestidos nuevos que ponerse. Era inmortal en ese tiempo. Por lo menos durante el segundo que tardaba en sumergir los pies en el río no pensaba en otra cosa que en sumergir los pies en el río. Cuando terminó el verano, terminó su inmortalidad.

En los siguientes dos años además de morir su padre de malhumor y su madre de aburrimiento, nacieron Inés y después Carmen. Matilde había empleado a una sexagenaria soltera hija de inmigrantes venidos de Italia, una mujer asombrosamente fea y callada que sólo abrió la boca para decir su nombre: Celina. El propósito de Matilde era que la ayudara con sus hijas pero con el tiempo se las delegó completamente.

La cena de fin de año fue la última vez que estuvieron todos juntos en la mesa. Celina había traído el pollo en una bandeja de plata ennegrecida, uno de los pocos objetos

que se venían pasando por generaciones junto con el espejo que resistió toda clase de caras y el retrato ovalado del abuelo desconocido. Después de que Celina sirvió el pollo y todos empezaron a comer, Matilde sintió que se le cerraba la garganta, se había puesto color verde oscuro igual que el mantel. Miró a sus cuatro hijas que a su vez la miraban a ella sin dejar de masticar, y tuvo la impresión de que era un complot en su contra, de pronto recogió la mirada de su padre, devastadora.

—Celina —dijo entre ahogos—, ahora mismo las acompaña a todas a la cama.

Alvaro la miró con asombro.

—Pero si todavía no ha empezado el año nuevo.

Matilde le dirigió a Celina una mirada que no olvidaría en su vida, inmediatamente cargó a Inés y a Carmen y se llevó prendidas de la pollera a Lucero y Esperanza. Lucero oyó una voz a su espalda:

—Vos vení acá —decía Matilde—, podés terminar de comer, después te vas a dormir. Obedeció sin mirar.

—No es para tanto —dijo Alvaro en voz baja—, estás del color del mantel.

Lucero levantó disimuladamente los ojos, luego siguió comiendo.

¿Qué no es para tanto? —gritó Matilde— ¿No te das cuenta de lo que pasa acá? Se atraen entre ellas, cada una es el cebo de la otra, me quieren volver loca, pero no van a poder.

Al instante quedó inmóvil. Alvaro la llevó a la habitación. Cuando dieron las doce en el reloj de pared y la sirena del cuartel de bomberos revolucionó todo el pueblo, Matilde ya estaba dormida.

El año empezó con lluvias y las hijas almorzando en la cocina. Alvaro había sido destinado a la cama por un ataque de alergia. Un año atrás fue la sequía y la tierra que volaba en las calles, ahora eran las lluvias. Creyó reponerse en pocos días, una tarde se levantó y fue caminando hasta el trabajo. Cuando volvió, Matilde estaba esperándolo en la puerta.

—No tendrías que haber ido a trabajar, bien sabés, no importa cómo te sientas, sos un enfermo y no tendrías que haber salido, mirate los ojos nomás.

Alvaro fue hasta la habitación y al verse en el espejo quedó paralizado, nunca se había visto mejor en toda su vida y de pronto, por el mismo espejo, vio a Matilde asomarse desde la puerta. El soltó una sontisa triste.

—¿Me voy a morir, no es cierto?

Sin duda era la mejoría que anticipa la muerte. Las noches que iban a venir serían calvarios para Matilde. Al menos la consolaba estar otra vez embarazada y no tener que obligar a Alvaro a hacerle un hijo en esas condiciones. Lo había llevado a la cama envuelto en frazadas, temblando. Permanecía todo el tiempo a su lado, por momentos corría descompuesta al baño porque ya había empezado a tener náuseas y porque ver a Alvaro tan abrigado, embalsamado entre cobijas pesadas con el verano furioso que afuera asolaba las calles, le daba ganas de vomitar.

Vivieron esperando la muerte de un día para otro aunque ya habían pasado cuatro meses y Alvaro seguía igual, con los mismos fríos atrapados de las lluvias del último